

# LA AVENTURA DE AMERICA

Alfonso ARMAS AYALA

Cuando Cristóbal Colón escribía en una de sus cartas a los Reyes Católicos las primeras noticias del Nuevo Mundo descubierto, no sólo se estaba comportando como un conquistador que da cuenta de sus hechos — mejor o peor desfigurados para su beneficio personal —, sino, además, estaba dictando la primera lección de americanidad. Una lección aprovechada por todos los sucesivos historiadores de América; por los historiadores, y por los hacenderos de esa historia. Esa lección fue la de la aventura. Colón no sabía a donde había llegado, no tenía idea muy clara de la conquista — y se deja a un lado los problemas meramente científicos del problema del descubrimiento —, pero sí que tenía una retina clara, una impresión directa de algo que todos sus sentidos estaban percibiendo. Y ese gran fenómeno — “no hay mejor gente ni mejor tierra” — de América quedaba prendido gracias a una descripción de su paisaje, de sus hombres, de sus costumbres. América entra en la historia vestida con las galas de la geografía. Primero, de la geografía mítica; después, de la geografía histórica.

La primera visión que Europa tiene de América le llega de manos de los conquistadores y de los geógrafos que le acompañaron en forma de secretarios. Unos, dotados de verdadera ciencia; otros, movidos más por buena voluntad... y por mucha literatura. Unos y otros, eso sí, deslumbrados, embobecidos por las riquezas, por las novedades, por las fantasías: por las maravillas descubiertas.

“Bien dijeron los sacros teólogos y sabios filósofos que el Paraíso terrenal está al fin del Oriente... así que aquellas tierras que agora habia descubierto es el fin del Oriente”. Así refería Colón en su Diario, un año después de haber llegado por primera vez al Continente americano. Persistía en su creencia de haber arribado a un mundo prodigioso: en donde se enlazaban la Mitología y la Cosmografía. En donde los Portulanos habían dejado señalada la marca del Paraíso; en donde los filósofos antiguos habían previsto la existencia de la misteriosa quimera dorada: la de Virgilio, la de Séneca, o la de Platón, en donde las almas dormían la beatitud de la perennidad divina.... Colón, hombre de ciencia, aún seguía con las ataduras de su fe; o con las andaduras de su cartografía llena de mofletudos Eolos cuatrocientistas.

La nomenclatura de aquellas nuevas tierras que iban surgiendo delante de sus ojos, mientras iba costeanado las costas venezolanas, se iba enriqueciendo con nombres miríficos: Gracia, Jardines, Trinidad. El paisaje terrestre y el elemento humano se juntan de tal manera a los ojos del

narrador, que se convierten en un todo homogéneo capaz de hacer sólidos los argumentos menos especulativos, las razones más irrazonables. Colón, místico, y místico fervoroso, aunque equivocado, sobreponía cualquier problema de fe a todo razonamiento. Así, frente al misterio de los Ríos, de los enormes y desproporcionados ríos él estaba convencido de que la procedencia casi divina de tal majestuosidad y grandeza; no podían tener nacimiento humano.

“y digo que si no procede del Paraíso Terrenal que viene este río y procede de tierra infinita, pues el Austro, de la cual falta agora no se ha habido noticia, mas yo muy asentado tengo en el ánima que allí a donde dije es el Paraíso Terrenal, y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas”.

De nada le servía su ciencia náutica, de nada sus conocimientos geográficos, de nada sus postulados: para él tenía más valor aquello de “las autoridades sobrescriptas”.

Había, aún después del segundo y tercer viajes, un halo de sobrenaturalidad en todas las aventuras colombinas. Pues aventuras fueron y no menos grandes que las de Amadís, o las de Merlín —aventureros ideales de las Américas medievales de las caballerías—, el adentrarse por mares y parajes jamás hollados por ser humano. Las sospechas de Colón acerca de la infinitud de las tierras descubiertas, las que él iba contemplando desde el alcázar de su nave, están consignadas una y otra vez; y de estas consignaciones se aprovecharán los primeros historiadores indios. “Yo estoy creído que esta es tierra firme, grandísima de que hasta hoy no se ha sabido”, era una de sus frases; y la repetía una y otra vez. Había pasado a enriquecer sus creencias más firmes.

Colón había ido pasando del concepto de isla al de tierra firme; se había ido convenciendo que era más sólida, más extensa y más variada la tierra nueva. Y este convencimiento le ayudó a ir conformando sus primeras y sinuosas cartas geográficas. La costa se convirtió en apoyo, en punto de referencia; para el conquistador resultaba la puerta de entrada y de regreso a la Patria. Porque La Patria, con mayúscula, España, siempre anhelada en la lejanía, estaba entrañablemente unida al ensueño de estos aventureros emborrachados, día a día, con el espectáculo grandioso ofrecido por Dios en uno de los extremos del mundo. Sí, como decía su Almirante, en donde parecían “unirse todos los ríos”. En esa costa, por donde el español fue, después, adentrándose en el continente, es en donde se va a constituir el primer brote de civilización. Primero, luchando con los nativos; después, yendo y viniendo —de la costa a la montaña—, conforme a las exigencias del clima lo imponían. Con la luz irisada del Caribe —el de “los siete colores”, según Arciniegas—, el aventurero fue forjando la historia de América. Y si la frase puede resultar más literaria que histórica, no debe olvidarse el trasfondo literario —primero, creador, y luego, recreativo— que encierra la historia americana.

En la costa, se criará el pirata, buscador de cobijo para sus naves; en la costa, vivirá el mercader, buscador de otros mercados y de otros

hombres con quienes establecer relaciones; por la costa, en fin, volverá siempre ansioso el conquistador sus ojos preñados de Patria. No por otra razón, la historia de América, hecha de aventureros —albergados o no por la bandera de la legalidad— hubo de tener su comienzo en “la figura” de la tierra entrevista desde a bordo de las naves descubridoras.

Y aún se podría repetir la ruta imaginaria de los primeros europeos en América: rompiendo el velo de las montañas, atemorizados por la anchura de los ríos, amordazados por los miedos inverosímiles de gigantes y monstruos descomunales. Como aquellos 36 gigantes de Curazao, o como aquellos hombres de “manos muy enormes”, de que hablaba Oviedo. Los conquistadores, movidos por la avaricia —según los unos— excitados por la fe —según los otros—, iban saltando de isla en isla, o recorriendo, con épico espíritu, los valles sin horizontes.

Estaban apresando, poco a poco, la geografía de las nuevas tierras. Y —como ya lo había hecho Colón— lo estaban logrando a fuerza de describir o de extasiarse ante los paisajes. Geografía paisajística venezolana; esto es lo que estaban haciendo. Y no era poco. Porque en el paisaje, en la tierra de Venezuela estaba ya implícito el nativo, el indígena. Fuese como lo había visto Colón —“muy mansos y sin saber qué sea mal”—, o como los verían los colonizadores del XVII —“feroces e idólatras”—. El hombre en razón de su Geografía; pero la Geografía antes que el hombre. El hombre vendría después; para escribir la historia.

Y si los Ríos fueron obstáculo antes que camino, detrás de ellos, más allá de sus orillas no holladas, se presuponía la existencia del mundo quimérico de El Dorado. En donde los hombres perdieron su imaginación más desbordante. Y en donde las nuevas tierras parecían esconder secretos ignorados. El mito del Orinoco nació con la infancia de la nueva tierra descubierta.

Las aguas turbias, las aguas blancas, las aguas azules; las tormentosas, las “risueñas y apacibles”; las cenagosas, las traicioneras de los ríos venezolanos van ofreciendo ahora, transcurridos los primeros cincuenta años después del descubrimiento, una tentación más para la aventura. El aventurero estará movido por fines espirituales o materiales. Irá vestido de saya o con la cota y la malla. No importa. Detrás del río estaba la aventura. Y con la aventura, las “Jornadas”, las “Relaciones”. En ellas, en prosa nada correcta, pero sí muy viva y muy apasionada, está el relato —entretendido de fantasías— de las expediciones. Buscadoras de oro o de almas, pero, al fin de cuentas, narradoras de cosas nuevas; enfrentadas con la rugosa costra del suelo conquistado. En donde el hombre y la naturaleza se confundían; o en donde la naturaleza absorbía al hombre. Y en donde, asimismo, vivían los naturales, en “chozas”, con pobres alimentos, con unas costumbres “bárbaras” e “incivilizadas”; siendo “asilo de hombres perdidos”.

Rancherías, villorrios, hatos: ahí estaba el germen. Después vendría el cruce, o la extinción, o la evangelización. Pero, entre tanto, los aventureros iban trenzando sus “memorables hechos”.

Como las que refería, con tanto gracejo, el cronista rimador llamado Juan de Castellanos, tan gustador de los sentidos, tan deseoso de las frutas que casi forman un desordenado bodegón barroco; emperifollado y colorido. Pero desordenado. En donde los cinco sentidos, en cortejo, van tomando asiento:

Hay muchos higos, uvas y melones  
dignísimos de ver mesas de reyes,  
pitahayas, guanábanas, anones,  
guayabas y guaraes y mameyes:  
hay chica, cotuprises y mamones,  
piñas, curibijures, caracueyes,  
con otros muchos más que se desechan  
e indios naturales aprovechan.

El “indio natural” como único personaje; frente a él, encima de él, ofreciéndosele en convite, la Madre Naturaleza, ubérrima, generosa. De un lado, los mejores frutos para los que llegaban; del otro, “muchos más que se desechan”, para los *naturales*. En un perdido paisaje poético, abarrocado, están ya los dos grandes grupos étnicos: los que están y los que llegan. Y, uniéndolos o separándolos, “las riquezas naturales”.

Y de “estas riquezas naturales” se aprovechará el conquistador; y las defenderá el nativo. Y por ellas, — a causa — de ellas, el americano va tomando conciencia de su personalidad. Diríase que el criollismo se alimentó, en principio, primero, de las descripciones de los primeros cronistas, y, después, de los textos de los primeros científicos que empezaron a llegar al Nuevo Mundo. Pero antes... Antes América tuvo que sufrir la deformación histórica, la visión “europeísta de los viajeros poco perspicaces que, llegados a sus costas, sólo se atrevían a vestir al indio con ropaje de hombre civilizado. Para hacerlo sensible, para llenarlo de pecados, para convertirlo en un “hombre verdadero”. Teodor Bry publica en 1564, en Francfort, una obra que lo convertirá en uno de los primeros adelantados del “falso primitivismo”. La fantasía flamenca, los prototipos renacentistas, la civilidad de los indios, los convierten en personajes de idilios o de novelas en donde no falta ni el color de Botticelli. Mucha culpa tuvieron los primeros poetas — como Castellanos —, y mucha mayor culpa, los cronistas, como el propio Cortés, cuyas cartas parecen redactadas después de haber traducido a César... y después, también, de haber leído “El Cortesano”. Europa se llena de baratijas de vidrio y de plumas de indios; los europeos se sienten decepcionados cuando contemplan con sus propios ojos a los nativos de las Indias. Así, ocurrió a los cortesanos de los Reyes, cuando la presentación de Colón en Barcelona. El P. Las Casas, impregnado de pasión y de fervor, tenía su amor a los indios con todos los modelos, con todos los patrones que había aprendido no sólo en los textos sagrados, sino en las lecturas clásicas.

Al indio se le creyó poseedor de altos y profundos conceptos; se le vistió de súbito, se le consideró dueño de su alma, poseedor de su libertad, necesitado de la protección real. Pero siempre indio, siempre alejado de los círculos del conquistador, aunque éste mezclase su sangre con la del

nativo. Y aunque de esa sangre naciesen figuras esclarecidas de la Literatura, o de la Arquitectura, o del Gobierno. Pero se mantenía, en el fondo, ese valladar entre el superior y el inferior.

Frente a los finos grabados de Raleigh o de Le Moyne parece, en verdad, que se están contemplando escenas tomadas de la vida bucólica o del ensueño renacentista. Sobre los indios cayó el follaje del mundo del Renacimiento: poblado de ninfas, de pastores, de “hombres y mujeres naturales”. Sólo dominaban los sentidos, sólo se buscaba la felicidad gracias a la más fina sensibilidad, sólo se tenía conciencia de ser feliz cuando se vivía alejado de toda civilización. Del pecado de la civilización. Antonio de Guevara, en “El Villano del Danubio”, resumió bastante de la ideología existente en toda Europa acerca del salvaje natural. Y aquel salvaje contemporáneo de los Césares hablaba con la cortesanía del siglo XVI; de la misma manera que los indios con quienes luchaba Cortés debían escuchar primero las arengas titolivianas del héroe.

Los palacios miríficos, los tesoros incalculables, las calzadas pavimentadas, el poderío de los Incas, la fastuosidad de los indios del Paria extasiaban a los hombres de Europa. No podían pensar que las chozas miserables, las enfermedades más temibles, la miseria y el atraso más primitivos eran — o solían ser — los medios habituales de vida en las tribus conquistadas o descubiertas. Dice el Prof. Pardo de Leygonier (“De como fue novelada América”, *Shell*, 1958) que “desde Mozart... hasta el tedioso Chateaubriand, nadie tiene ideas claras sobre las tierras tropicales”. Mucho antes de Mozart, mucho antes de que en Europa sonase la serena armonía de “La Flauta Mágica”. Por ejemplo, ante los ojos de Gómara, el historiador probó:

“Tienen dietas dos meses al año, como cuaresma, en los cuales no pueden tocar a mujer, ni comer sal; hay unos como monasterios donde muchas mozas y mozos se encierran ciertos años. Castigan recio los pecados públicos, hurtar, matar, y sodomía, que no consienten putos... visten sobre las camisetas ropas que eiñen, pintadas de pincel”.

Los indios de Nueva Granada parecían hombres llenos de virtud, de templanza y hasta de una incipiente cultura. Y las indias de Cubagua, porque parecen finas cortesanas italianas. Tanto en sus vestidos, como en sus costumbres:

“Lleváronlos después de palacio a ver las mujeres y aparatos de casa. No había ninguna de ellas, aunque había muchas que no tuviesen ajorcas de oro y gargantillas de perlas”.

Esto, en cuanto a los hombres. En cuanto a la Naturaleza, los cronistas resultaban más meticulosos. De Cumaná, por ejemplo, da Gómara una detenida descripción. De aves, de cuadrúpedos, de insectos; el historiador parece un consumado cazador, o un incipiente zoólogo:

“Es tanta la volatería, especial de papagayos, que pone admiración; y unos como cuervos, pico de águila, grandor de pato, perezosos en volar como abutardas; mas que viven de rapiña y huelen a almizcle”.

Resulta curioso esta pequeñez, este modo minúsculo de ver y de describir. Algo recuerda al naturalismo del Frayle Luis de Granada, maestro de lo mínimo, cuando, desde la presencia de la hormiga se remonta hasta la inducción de Dios:

“Hay dos maneras de avispas: unas malas, que andan por los campos, y otras peores, que no salen del poblado; tres diferencias de abejas: las dos crían en colmena buena miel, y la otra es cuiquita, negra silvestre y saca miel sin cera por los árboles”.

De las costumbres, Gómora da noticias muy detalladas. Se está viendo las danzas, los ritos, los sacrificios, los banquetes, los cantos. Los bailes resultan tan armónicos como las contradanzas españolas, la música es “triste y acompañada”. “El tono, el compás, el meneo es muy conforme y a un tiempo, aunque sean muchos”. Delante de un grabado del libro de Raleigh que representa “bailes indígenas”, resulta doblemente aleccionador cuanto se ha dicho del aire europeo con que se miraban las costumbres y la vida indias. Los brazos al aire, los pies levantados con ligereza, el coro bien formado, los pliegues de las túnicas sueltas: resultaba, en verdad, un cuadro de Poussin.

Ni aún los viajeros románticos, revestidos ya con la severidad de la ciencia, consiguieron desembarazarse de tales ideas. El mismo Humboldt se encontró con fuerzas para matar para siempre el presentido Dorado de Venezuela. El lo creó con su imaginación desmedida. La leyenda se había prendido muy adentro; resultó difícil desarraigarla. Por eso, en el ánimo de los primeros americanos — con conciencia de su americanidad —, lo primero que brotó, con chispazo convertido en incendio, fue el paisaje. El que ya conocían por los historiadores, y el que iban descubriendo con ayuda de los botánicos, zoólogos y geólogos que iban llegando al Nuevo Continente, atraídos por su misterio, por su antigüedad, o por ambas cosas a la vez.

Ocurrió en América lo que, en otro aspecto, pero con desarrollo simultáneo, sucedió en las Islas Canarias, cuya conquista y colonización se efectuó con unos pocos años de diferencia respecto al viaje de Colón. Dejando a un lado las tesis sustentadas por algunos historiadores (Silvio Zavala, entre otros) sobre posibles influencias de modos de administración y colonización americanas trasplantadas de los ensayos realizados en las Islas, especialmente a lo largo del siglo XVI, sí se debe apuntar una faceta que, para nuestro presente estudio, tiene importancia fundamental.

En Canarias, al llegar los españoles dispuestos a completar la conquista iniciada unos 150 años atrás por portugueses y castellanos, existía un pueblo primitivo, el guanche, cuya etnología correspondía casi en su totalidad al del hombre cavernario. Por fusión más que por extinción, el guanche desapareció a los cincuenta años de haberse concluido la conquista: el mestizaje había sido absoluto. Su calidad de raza blanca, por otra parte, alejaba cualquier prejuicio racial. Pues bien, este pueblo — con sus costumbres, su religión, su modo de vida — inspiró a más de un poeta

en composiciones que podrían colocarse muy bien al lado de las épicas americanas. Bartolomé Cairasco Figueroa y Antonio de Viana, naturales ambos de Canaria y Tenerife respectivamente, fueron autores de dos libros, de factura épica —“La Esdrujulea” y “Antigüedades de las Islas Canarias” (1604) —, cuyo contenido tiene mucho que ver con cuanto se ha dicho acerca del indigenismo, o actitud del europeo frente a la raza primitiva.

Viana, en sus “Antigüedades”, como ha estudiado con toda meticulosidad la profesora María Rosa Alonso (M. R. Alonso: “El Poema de Viana”, Madrid, 1952, 698 págs.), adopta la postura del hombre renacentista frente al pueblo primitivo. Lo había aprendido en una fuente escolástica, en Fray Alonso de Espinosa, un dominico residente en las Islas, autor de “Origen y Milagros de Nuestra Señora de Candelaria”, y por esa razón, con una situación muy parecida al del épico Ercilla con los araucanos, defiende a los guanches de las acusaciones más o menos veladas que el autor peninsular había proferido en su libro dedicado a la Virgen de Candelaria, una primitiva imagen legendariamente llegada a la isla de Tenerife mucho antes de haber pisado sus playas los conquistadores españoles. Para Viana, como para Ercilla, el indígena era:

Tenían todos por la mayor parte  
magnánimo valor, altivo espíritu,  
valientes fuerzas, ligereza y brío,  
dispuesto talle, cuerpo giganteo,  
rostros alegres, graves y apacibles;  
agudo entendimiento, gran memoria,  
trato muy noble, honesto y agradable,  
y fueron con exceso apasionados  
del amor y provecho de su patria.

Retrato completo del indio americano; como lo había visto Ercilla, en la “Araucana”, Pedro de Oña, en “El Arauco Domado”. Poseedor de toda las virtudes, enriquecido con los adornos físicos y corporales y hasta “apasionados del amor y provecho de su patria”. El concepto de “Patria” repetido en bocas indias, en El Arauco, en el Paria y en Las Canarias; los indios convertidos en miembros de una sociedad desarrollada. El hombre primitivo encarnando la estirpe de los mortales más felices, y de los más inexistentes.

Viana, Ercilla, Oña... y los viajeros que llegaban al Nuevo Mundo estaban cargados de nostalgia. Nostalgia de una Edad de Oro, entre-soñada, ambicionada pero no conocida. El indio o el guanche encarnaban, con su salvajismo y con su libertad, la pureza del primitivo. Y de este modo, los versos de Virgilio ayudan a los de Ercilla, y los de Homero a Viana y Cairasco. Y es por esa razón, apoyada la sentimentalidad por la Teología, por la que el fraile dominico Espinosa defiende la libertad de los aborígenes y ataca dura y ferozmente el derecho de conquista de los españoles; porque,

“Cosa averiguada es, por derecho divino y humano, que la guerra que los españoles hicieron, así a los naturales destas Islas, como a los indios de las occidentales regiones, fue injusta, sin tener

razon ninguna de bienen que estribar, porque ni ellos poseyan tierras de cristianos, ni salían de sus términos o limites para infestar ni molestar las ajenas. Pues decir les trayan el Evangelio, avia de ser con predicación y amonestación y no con atambor y vadera, rogados y no forzados, pero esta materia ya está ventilada en otras partes, passe agora". Espinosa: Ob. citada: lib. III, cap. V. p. 59).

La extensión de la cita está justificada, porque su contenido podía muy bien ser escrito igualmente para los naturales de las Indias. El P. las Casas y el P. Vitoria habían ya escrito mucho sobre este enojoso y difícil problema; los teólogos y los jurisconsultos de Valladolid y de Salamanca habían estudiado y habían refutado tales doctrinas, pero en pie seguía la tesis dominica. Y tan en pie que, para algunos historiadores ha sido un punto de arranque posible de la tesis emancipadora de América, lo cual resulta de prejuicios hispanistas mal interpretados, pero no de datos inequívocos.

Viana, Cairasco, Espinosa, Ercilla, Oña procedían de un árbol común, la valoración hecha por el renacentista del hombre primitivo. Postura en la que jugaron un papel las doctrinas sustentadas por Vitoria, de las Casas y otros dominicos españoles, en rigor expositores más o menos apasionados de las tesis tomistas sobre la universalidad del alma en todos los mortales. Y esta posición, aplicada a un continente — o a unas Islas — recién descubierto, poblado por razas primitivas, desprovistas de todo vínculo civilizador, trajo como consecuencia la postura apologista de los escritores, nativos o no — recuérdense los nombres de Ercilla y de Oña —, los cuales descubrían en sociedades tan complejas, la estructuración acabada de las europeas; o, mejor, de las pretéridas u olvidadas de pueblos modélicos, bien del romano, bien del griego.

Y que tal actitud se extendió más allá de los siglos de Oro, pues en el siglo de las luces, D. José de Viera y Clavijo, el ilustrado abate, al historiar el pasado de las Islas Canarias, se expresaba en términos muy similares. Cargando, eso sí, de sentimentalidad la trasvida de los indígenas:

“No hablaban ni de oro, ni de plata, ni de los demás bienes de convención dependientes del capricho o del deslumbramiento del juicio, sino de las lluvias a tiempo, de las sementeras ópimas, de los pastos abundantes, de las crías dichosas. El sueño tranquilo, la dulce paz, la fecundidad de las mujeres, la fuerza de sus brazos, la bendición del cielo derramada sobre sus ganados y rediles, sus graneros, sus trajes; todos estos eran bienes naturales, sencillos e inocentes”. (Ha. de las Islas Canarias).

La inocencia, el candor, la fortaleza, la pureza de costumbres: he aquí algo de lo que poseían aquellos insulares, con mucho de indios y con mucho más de hombres naturales.

En la misma postura de los padres jesuítas autores de las Historias, más o menos literarias, del siglo XVIII, como la del P. Gumilla (“El Orinoco ilustrado y defendido”) o la del P. Caulín (“Historia Corográfica de Nueva Andalucía”, 1779), cuyos textos tanto influyeron en los senti-

mientos de los enciclopedistas para reivindicar los derechos del “hombre natural”. Ese que lo mismo podía encontrarse en el país de los Caucaes, o en el de los países Australes, en donde vivían los habitantes del “Reino de la Felicidad”.

Naturaleza = Felicidad = Indias. Suprimiendo otros miembros de la igualdad, así se podría plantear el problema de los antecedentes del hombre “indiano”. Sí, del natural de Indias; aquel predecesor tan deseado por los soñadores del XVIII, y por los exaltados del XIX. El Ldo. Sanz, en “El Semanario de Caracas”, clamará por “las virtudes ya perdidas del aborígen”; los caraqueños de 1810 se enterarán, gracias a los “publicistas” que tuvieron unos ascendientes, animados, como ellos, de sentimientos de libertad, y que, como ellos, también estuvieron sojuzgados bajo el poder despótico de caciques, de encomenderos o de corregidores. Y se enterarían, porque Humboldt hablaría de algo de esto con sus amigos los Ustáriz; o porque lo leerían en “El Semanario de Caracas”, o en “El Publicista de Venezuela”.

América empieza a tener conciencia de su existencia, y de su trascendencia, gracias a su paisaje. Este es el primer hito. No el paisaje real, sino el imaginario; no el geográfico, sino el legendario. Se ha dicho y se ha repetido que los primeros adelantados de la Emancipación fueron los botánicos, los geólogos y los zoólogos de Nueva Granada, de Venezuela o de La Plata. Lo cual es cierto, porque figuras de tan elevado valor como Zea o como Caldas — según se verá — primero estudiaron, y luego actuaron. Pero de su estudio, y del fruto del mismo se aprovecharon otros. Como de los trabajos de Humboldt y de sus conversaciones, y de sus halagos recibieron una ayuda impensada sus contertulios de Caracaes. Pero con anterioridad a estos geógrafos de lo accidental, de estos manejadores del microscopio y de los textos de Linneo, hubo un buen número de viajeros que, por obligación o por accidente, fueron poniendo la base del futuro paisaje americano. Del paisaje y de sus consecuencias. Pues el americano pre-revolucionario, el del siglo XVIII, tuvo conciencia de la Patria cuando tocó a ésta con sus manos, cuando se la encontró en viejos libros, o cuando se la mostraron en nuevas y retocadas descripciones. Diríase que la Patria entró por los ojos y por las manos; sí, que la Patria olía a tierra, a frescor, a humedad, a río, a costa, a montaña. Pero también, a hombres, a felicidad, a sociedad, a vínculos comunes.

Y tenía que ser así por una razón histórica. Los revolucionarios de América no empezaron el estallido a fuerza de pasión y de pólvora. Primero, aprendieron, rebuscaron, descubrieron; atesoraron ideas y más ideas. Después, las ordenaron, para ir las dando a conocer. Pues bien, en este paso de la asimilación a la exposición ocurrió en el mundo el estallido violento del Romanticismo. Y la revolución se inoculó del virus romántico. Cuando estos incipientes corazones sensibles empezaron a buscar tradición para sus ideas políticas y para sus fecundas transformaciones sociales, no encontraron Edad Media más apropiada que el colonialismo. Un colonialismo mirado con ojos muy parciales, pues de él

sólo interesaban los colonizados, y no los colonizadores. La época de la colonia — fórmula vaga y de límites imprecisos — abarcaba desde la llegada del primer español hasta el comienzo del primer motín triunfador. Y en ese atrás, en esa mirada que necesita toda nueva escuela — aún las más radicales y heterodoxas — hacia la raíz escondida que la alimenta, no se halló mejor asidero que la figura del indio, del nativo, del “hombre natural”. Un ser social al que la civilización, bajo el manto de las leyes coloniales, había tenido sometido a “leyes crueles e inhumanas”, y cuyas virtudes habrían de servir de modelo. O, al menos, de punto de partida.

La aventura de América había encontrado, al fin, un límite: La Emancipación.